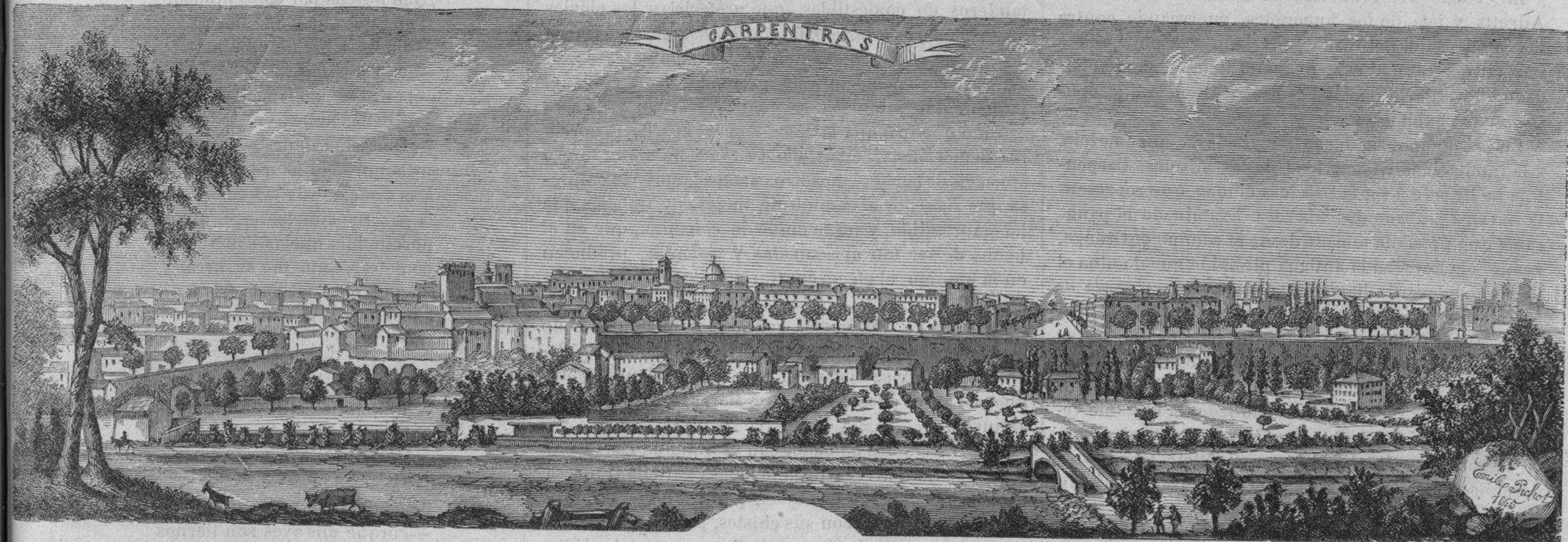


El Periódico ilustrado.



CARPENTRAS



Año II.—Número 48.
DEL 18 AL 25 DE MARZO DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION, PASAJE DE MATHEU, 6, TIENDA.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.	— Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. . .	Un año 28 »	— Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 »	— Seis meses 50 »	

} 5 cuartos en PROVINCIAS.

CONTENIDO.—Juana de Arco.—Carpentras.—Revista de la semana, por Palacio.—La luz de la luna, por S. B. y Candau.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Virginia, por E. G. Ladevese.—Varsovia.—Nuevo palacio proyectado en Londres para Exposicion permanente.—Pedro I, en Montiel, por J. M. Marin.—Invierno y primavera, por Palacio.—Las tres cosas, por J. M. Marin.—Pensamientos.—Hojas de un libro, por C. C. y Rodriguez.—Charada.
ANUNCIOS: Carpentras.—Juana de Arco.—Varsovia.—Nuevo palacio proyectado en Londres para Exposicion permanente.—El invierno y la primavera.

JUANA DE ARCO.

Ni en la historia ni en la fábula se encuentra una mujer que sea comparable á Juana de Arco. Según todos los contemporáneos, reunia á un valor sereno é inquebrantable la dulzura más simpática. Lloraba como una mujer y se conducía como un héroe.

En las fronteras de la antigua Lorena, en un risueño valle á tres leguas de Vaucouleurs, inmediato á la aldea de Greux, se halla la aldea de Domremy donde nació la heroína de Orleans.

Esta comarca dependía directamente de la corona y se distinguía por su adhesión al rey. Los habitantes de Domremy eran pastores, labradores, y pescadores que vivían de su trabajo. Vivía entre ellos desde hacia mucho tiempo, un buen hombre, nativo de Champaña, que se llamaba Santiago de Arco, casado con Isabel Romé.

Se celebraba el matrimonio de muy buena reputación y tenía cinco hijos, entre los cuales se distinguía Juana, que había nacido en 1410.

Creyéndose encargada por Dios de una misión providencial, y aborreciendo hasta el demonio á los enemigos de su patria, Juana no descansó hasta que obtuvo de sus padres el permiso para llevar adelante su empresa, presentándose al Delfin, acompañada de algunos campesinos, entre ellos uno de sus propios hermanos.

Los vecinos de Vaucouleurs se encargaron de equipar á la doncella, á la cual aderezaron una usanza masculina. Su tío y otro aldeano compraron un caballo por doce francos, y el comandante Roberto de Vaudricourt le dió una espada.

De este modo se presentó en Chinon, donde tenía su corte Carlos VII, el 24 de febrero de 1429, despues de once días de marcha por el país enemigo, y por un camino cortado por una clase de obstáculos.

En el momento de presentarse en campaña Juana de Arco, tendría poco más de diez años y estaba en todo el vigor de su juventud, siendo esbelta y bien desarrollada en sus formas. Según un cuadro que se ha conservado durante mucho tiempo en Orleans, una reliquia, de cuya autenticidad parece no cabia duda, Juana era toda una her-

mosura; la tez blanca, el cabello castaño, ojos grandes y rasgados, boca pequeña y graciosa, cara redonda en que se revelaba la inocencia, y una melancolía que formaba el rasgo característico de su fisonomía. Su continente era circunspecto pero no encogido, y hubiérase dicho que se había criado en una corte en que hubiesen reinado la prudencia y las buenas costumbres.

Las hazañas guerreras de Juana de Arco son demasiado conocidas para que hagamos de ellas una minuciosa descripción. Baste decir que el 29 de abril arrojó á los ingleses de Orleans; despues, á través de mil peligros, delante de los cuales hubiera retrocedido el más animoso, condujo al Delfin á Reims, donde fué consagrado el 17 de julio. Entonces suplicó á Car-

los VII que le permitiera retirarse, pero el rey creyó tener todavía necesidad de ella, y continuó combatiendo.

Por fin el 4 de mayo de 1430 cayó en manos de sus enemigos, siendo condenada á muerte como hereje y hechicera, por un tribunal infame, y quemada sobre el patíbulo el 31 de mayo de 1431.

No hay asunto histórico más diversamente tratado, ni con mayor parcialidad que la historia de Juana de Arco. Shakespeare, en la primera parte de su *Enrique VI*, la califica de bruja desvergonzada, que ha hecho pacto con el espíritu maligno. Hume despoja con sensata crítica cuanto se ha supuesto de sobrenatural en la vida de esta heroína doncella.

La mayor parte de los historiadores ingleses la consideran bajo el mismo punto de vista.

Voltaire se ha burlado de la doncella y de sus admiradores, como de todo. Schiller, el hijo favorito de la musa romántica, ha consagrado á la heroína una de sus obras maestras, presentando en su tragedia á Juana como á una inspirada, cuyo fanatismo puede disculparse por la idea patriótica que le impulsaba. Despues de Schiller, Wetzel y otros autores dramáticos han tomado á Juana de Arco por tipo para sus obras, pero no hay dos que se parezcan. Como todas las grandes figuras que por su carácter tienen algo de novelesco, Juana se presta como creación de inagotables recursos para la poesía y el teatro; y cada época la reproducirá presentándola bajo nuevas formas y dándole su propio colorido; pero nosotros creemos que jamás, ni aun los descendientes de sus crueles enemigos, dejarán de pagar tributo de admiración á su virtud y su heroísmo.



JUANA DE ARCO.

CARPENTRAS.

Capital del departamento de Vanchise, Carpentras cuenta en su recinto próximamente 12.000 habitantes. Antes de la invasión romana, Carpentras se llamaba *Carpentoracte*. A los romanos sucedieron los bárbaros que asolaron y saquearon la ciudad y el país.

En la Edad media, Carpentras tuvo por

señores á sus obispos, muchas veces batidos por los condes de Tolosa, y al fin fueron despojados de sus posiciones por Raimundo VI.

Más tarde, de 1313 á 1377, los papas de Aviñon la embellecieron y fortificaron, eligiéndola para su residencia Clemente V. A él es debida la construcción del magnífico acueducto que une la ciudad al monte Ventom.

En el siglo XVI Francisco de Beaumont, baron de Adrets y jefe de los hugonotes, guerreando contra los católicos del Delfinado y los Lioneses, puso sitio á Carpentras, pero al cabo de algun tiempo, se vió obligado á levantarlo por la heroica resistencia que opusieron sus habitantes.

En los tiempos modernos, ¡y gracias á su comercio, á la inteligencia y actividad de los mismos, Carpentras ha llegado á ser la preciosa ciudad que representa nuestro grabado de cabecera. Examinado el panorama que presenta tomado desde el camino de Orange, vemos á la derecha la antigua pirámide que domina el nuevo boulevard, llamado antiguamente *Alameda de los suspiros*; á la izquierda se descubre la *Torre del Refugio*, restos antiguos de las fortificaciones que sostuvieron en otro tiempo los sitios y asaltos de los sarracenos, del baron de Adrets y de los aviñonenses: un poco más lejos, pero en el mismo lado, la elegante veta de la *Torre de las Ursulinas*, hoy desierta, se dibuja en lontananza. Finalmente, en el último término se descubre la iglesia de la *Observancia*, y detras de la gran torre cuadrada se elevan el *Reloj de la fuente del Angel* y el *Campanario de San Siffrein*, antigua Catedral, clasificada hoy dia como uno de los más bellos monumentos históricos.

Carpentras posee, además, otros muchos monumentos dignos de mencionarse, y entre ellos debemos citar su *Arco de triunfo* romano, erigido, segun parece, en honor de Diocleciano; su *Palacio de Justicia*, su magnífico *Hotel-Dieu*, construido á espensas del obispo Inguiberto, cuya estatua se eleva sobre la esplanada misma del hospital; sus *acueductos* y su *teatro*, cuyas decoraciones son debidas al hábil pincel del pintor escenógrafo M. Peltier.

En su magnífico *Museo* se conservan con cuidadoso esmero muy buenos cuadros de los grandes maestros, y su *Biblioteca* es rica en volúmenes y preciosos manuscritos.

Carpentras se dedica al comercio de sedas, lanas, azafran, productos químicos, etc., etc., lo que constituye su principal riqueza.

Cuando la peste de 1720 fué casi la única población en toda la Provenza, que escapó al contagio. Se atribuye este favor celeste á la posesion, entre las reliquias de la catedral, de un bocado ó freno de caballo, que el emperador Constantino habia hecho fabricar con uno de los clavos de la Pasion de Nuestro Señor, y que figura en las armas de Carpentras.—B.

sb otanq

REVISTA DE LA SEMANA.

Un drama y un libro; hé aqui lo que queda en limpio de la semana anterior, despues de pasar por el tamiz de los acontecimientos esas mil pequeñeces que constituyen la vida de las grandes ciudades.

El drama es el que se ha estrenado en el Circo, con el título de *Hebrén en la sombra*, original de los distinguidos poetas Hurtado y Nuñez de Arce; el libro es la novela en verso escrita por Antonio Arnao, y que tiene por epígrafe *El Cavallito de los Ciento*.

Sin perjuicio de ocuparnos detenidamente de la obra dramática que ha alcanzado el éxito lisonjero, que era de esperar, atendida la reputación y el talento de sus autores, diremos de la novela que es digna en un todo del poeta de las *Melancolias* y los *Ecos del Tader*, y que revela la instrucción y el buen gusto literario de que el Sr. Arnao hace alarde en sus composiciones. Más aun: el Sr. Arnao, cuyos versos suelen adolecer de cierta timidez, hija sin duda de su carácter, ha prescindido en esta ocasion de tal costumbre, y en el libro que nos ocupa recorre todos los tonos de la pasion, elevándose algunas veces hasta el sublime del lirismo, y presentando cuadros dramáticos tan sentidos como vigorosos.

Felicitemos á nuestro antiguo y siempre querido amigo por su nueva producción, que nos indica no ha perdido nada del entusiasmo poético de sus juveniles años; ganando, por el contrario, en cuanto á

la energía del lenguaje y lo elegante y correcto de la forma.

Dimos cuenta en nuestra pasada revista de la ovacion hecha á Tamberlik en *La Africana*; esta ovacion ha acompañado á las repeticiones de la ópera, y por las trazas, se reproducirá en el *Poliutto*, que debe cantarse uno de estos dias. El *Diario de Avisos* prosigue, sin embargo, en tenaz campaña contra la empresa, lo cual no deja de producir disgusto á los anunciantes y tenderos de comestibles, que preferirian los elogios de sus géneros á los elogios de M. Bagier, y la reseña de los mercados al exámen de las facultades de los artistas. Pero como en este país todo va al revés, el periódico de anuncios se ocupa de artes, y no será extraño que mañana la *Gaceta oficial* nos dé razon de un memorialista, ó la *Guía del Clero* de algun nuevo almacen de bebidas. Nosotros aconsejamos á la empresa que siga por el camino de mejoras y trabajos que ha emprendido, y no se cuide de censuras, que en el hecho de ser tan apasionadas y violentas, producen en la opinion el efecto contrario del que su autor desearia.

El teatro de Variedades continúa tambien con éxito la gloriosa campaña que inauguró á la venida de Pedro Delgado, y se dispone á representar algunas obras nuevas, entre ellas una de José María Diaz, que está ya anunciada.

La Zarzuela nos ha dado, con el título de *Los cómicos de la legua*, un arreglo de la deliciosa parodia francesa, titulada *Les folies dramatiques*; pero aunque el público ha reido mucho con sus chistes, parece que no acaba de entrar en el género. Antiguamente, el público iba al teatro á olvidarse de su mal humor; ahora va á desahogarlo. Dentro de poco sucederá con las obras teatrales lo que con los gobiernos: ninguno logrará dar gusto á los señores.

Ahora, puesto que como se dice parlamentariamente, no hay asuntos de qué tratar, permitidme que os refiera un suceso que acaba de ocurrir en Paris y que ha causado profunda sensacion en varios círculos.

Un jóven distinguido de aquella ciudad se presentó hace pocos dias á un amigo suyo, bastante calavera, diciéndole:

—Querido N., te necesito, y espero de tí no te negarás á prestarme un pequeño favor.

—Ya te escucho.

—Voy á marcharme esta tarde al campo, donde tengo que permanecer quince ó veinte dias, y como dejo mi habitacion amueblada de la calle de P..., desearia que te dieras una vuelta por allí de vez en cuando, pues no queda nadie en ella, y sentiria que algun tunante oliera los ocho ó diez mil francos que allí están guardados, y que constituyen todo mi capital.

—Chico, si no es más que eso, descuida, que yo estaré á la mira de lo que pueda suceder.

—Te doy mil gracias por tu bondad; ahí tienes la llave de mi habitacion, y hasta la vuelta.

Los dos amigos se abrazaron, y el viajero partió.

Dos ó tres dias despues, N. se acordó del encargo de su amigo, y se acordó por un motivo nada agradable. La noche anterior habia perdido al juego el dinero que tenia.

—¿Qué diablo! pensó entre sí; mi amigo no volverá tan pronto, y en este tiempo bien puedo desquitarme con su dinero.

Dirigióse, pues, á la calle de P....

—¿El Sr. R.?... preguntó á la portera.

—Está en el campo, caballero.

N. no quiso darse por entendido de que lo sabia, para evitar sospechas; acechó el momento en que la portera estaba distraida, ganó la escalera, y haciendo uso de la llave, penetró en la habitacion de su amigo.

Todo estaba en el orden más perfecto; encendió una luz, y se puso á registrar las mesas en busca de los ocho ó diez mil francos: nada encontró; por fin sus ojos se fijaron en un armario grande, que ocupaba un testero del despacho, y murmuró:

—Aquí deben estar; no queda ya más mueble que este.

Pero el mueble estaba cerrado; N... forcejeó y la puerta cedió por fin; acercó la luz, y cayó á tierra lanzando un grito; en el fondo del armario se veia colgado de una escarpia el cadáver de su amigo.

La policia se ocupa en averiguar este misterio, que lo mismo puede ser un suicidio que un asesinato; en cuanto á N..., la impresion que le produjo el suceso fué tan violenta, que ha sido preciso conducirlo á una casa de locos.

M. DEL PALACIO.

LA LUZ DE LA LUNA.

I.

—Niña, la de ojos azules,
la de sin par hermosura.
¿Por qué te ocultas de dia
y de noche no te ocultas?
¿Qué buscas por estos prados?
¿Por estos sitios qué buscas?
—Busco la paz de mi alma.
—¿Acaso penas te abruman?
—Penas no; melancolía.
—¿Cuál es su causa?—Ninguna.
—¿Qué edad tienes?—Quince años.
—Comprendo bien tu amargura.
Mas dime, ¿te da la noche
la paz que anhelas?—Sí, mucha,
porque mis quejas son vagas
como el viento que susurra;
porque mi alma está triste
como la luz de la luna.

II.

—Niña, ¿aun estás triste?—No.
—¿Quién ha calmado tu angustia?
—Un suspiro.—¿Nada más?
—Un amor.—Y por qué buscas
la noche si eres feliz
calmada ya tu amargura?
—Porque mis ayes son tiernos
como el viento que susurra;
porque mi amor es tan dulce
como la luz de la luna.

III.

—Niña la de ojos de cielo,
la de sin par hermosura,
¿vas llorando—Sí.—¿Y tus dichas?
—¡No me queda ya ninguna!
—¿Murio tu amor?—Me engañaron.
—¿Y el olvido tal vez buscas
de noche por estos sitios?
—No olvida un alma tan pura.
—¿Por qué buscas, pues, la noche?
—Porque á padecer me ayuda.
Porque amargas son mis quejas
como el viento que susurra,
y mi alma está sombría
como la luz de la luna.

SALVADOR BARASONA Y CANDAU.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

EL SOLDADO CUREÑO.

(Continuacion.)

EL VOLADERO.

Mi exaltacion, sin embargo, habia desaparecido completamente.

—¿Y qué vamos á hacer? pregunté al coronel.

—Que la suerte decida cuál de los dos debe ser sacrificado al abismo.

Efectivamente, era el único medio de resolver la dificultad.

—Sin embargo, continuó el coronel, es preciso tomar algunas precauciones. Aquel á quien condene la suerte, retrocederá andando hácia atrás; es una muy débil esperanza de salvacion, lo conozco, pero debemos emplearla.

—¿No amais la vida, coronel? le dije, admirado de su sangre fria.

—En estos momentos mucho más que vos, me replicó bruscamente, porque tengo un mortal ultraje que vengar; pero el tiempo pasa y es necesario que terminemos.

—¿Y cómo vamos á arreglarnos para jugar á la suerte nuestra vida? Tirar una moneda á cara ó cruz es una cosa impracticable en la situacion en que nos hallamos colocados; en otra cualquier forma, tampoco atino....

—Se me ocurre una idea, capitán; creo que he encontrado el medio. El terror que experimentan nuestros caballos, les arranca de minuto en minuto un relincho ó resoplido bastante significativo, es bien, el primero de nuestros caballos que relinche....

—¿Habrá ganado? dije yo con ansiedad.

—No, habrá perdido, me replicó. Sé que sois maestro de equitación, y como yo el año pasado llevaba aún la sotana de estudiante en teología, desconfío de vuestra habilidad ecuestre. Siempre que os dé la gana obligareis á vuestro caballo á que relinche, pero impedirle que lo haga, es otra cosa.

Esperamos, pues, durante algunos momentos, y en medio de un silencio terrible, á que uno de nuestros caballos relinchara; pero este silencio de breves minutos nos pareció un siglo. Al fin el mío fué el que perdió. El coronel no manifestó su alegría por ninguna demostración exterior, pero seguramente daría gracias al cielo desde el fondo de su alma.

—¿Me concederéis un momento para rezar mis últimas oraciones? le dije con voz conmovida.

—¿Os bastarán cinco minutos?

—Me bastan, le repliqué.

El coronel sacó un reloj. Yo alcé mi vista al cielo, tachonado de estrellas, que creía contemplar por última vez, y dirigí á Dios una ardiente y suprema súplica.

—¿Habeis terminado? me dijo el coronel.

Por el momento no contesté una palabra, pero con mano temblorosa recogí las bridas de mi caballo.

—Concededme un minuto más, porque tengo necesidad de toda mi sangre fría, para ejecutar la aterradoradora é imponente maniobra que voy á comenzar.

—Concedido, me contestó el coronel Garduño.

Mi educación desde los primeros años de mi juventud se había cultivado, como ya os he dicho, en el campo. Desde muy niño aprendí á montar y manejar un caballo, y el potro más indómito era domado por mí, con la mayor facilidad, en un breve espacio de tiempo; así que, puedo decir, sin que parezca demasiada presunción, que si alguien en el mundo podía llevar felizmente á cabo aquella proeza ecuestre, era únicamente yo.

Hice, pues, sobre mí un esfuerzo casi sobrenatural, y conseguí recobrar toda mi sangre fría en presencia de la muerte. Además, la había desafiado tantas veces, que no era posible que aquel nuevo peligro me preocupase por mucho tiempo.

Cuando mi caballo sintió por la primera vez, después de mi encuentro con el coronel, la presión del freno y del bocado, conocí que el animal temblaba bajo el peso de su ginete, y me afirmé vigorosamente sobre la silla, para hacerle comprender que yo no temblaba. Con la brida recogida, y oprimiendo su vientre con mis piernas, como hace todo buen ginete en un paso peligroso, y ayudándole de cuando en cuando con la espuela, aunque muy dulcemente, conseguí hacerle retroceder algunas varas. Conseguido este primer triunfo, dejé descansar un poco al pobre animal, que aunque temblando de terror, me obedecía, y volví á empezar la misma maniobra.

De pronto sentí que sus piernas traseras se hundían por falta de terreno sólido en que apoyarse; un horrible estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, y cerré los ojos creyendo llegada mi última hora, pero al mismo tiempo hice un brusco movimiento hácia el lado de la pared, como buscando un objeto cualquiera donde asirme; ¡inútil esperanza! ¡ni siquiera una grieta donde clavar mis uñas, ni un puñado de yerba donde apoyar mi mano! Sin embargo, aquel brusco movimiento de costado, unido á un desesperado esfuerzo que hizo el caballo, me salvó la vida, pues consiguió afirmarse nuevamente sobre sus patas en un terreno más duro.

Después de nuevos y supremos esfuerzos llegué á un sitio más espacioso, entre la orilla del precipicio y la muralla; pocas pulgadas más me hubieran bastado para hacer dar la vuelta en redondo á mi caballo; pero intentar lo siquiera, en semejante situación, hubiera sido mortal, y rechacé inmediatamente esta idea. Quise continuar marchando hácia atrás, del mismo modo que habíamos empezado, pero el animal se negó á obedecerme, sin que mi voz, ni la ayuda de la brida y de la espuela causaran en él efecto alguno.

En tal estado acudió á mi mente una idea, un rayo de luz, la única esperanza de salvación que me restaba, y resolví ponerla en ejecución.

En el bolsillo de pecho de mi casaca llevaba un cuchillo agudo y afilado como una navaja de afeitar; lo saqué de su vaina con la mano derecha, en tanto que con la izquierda empecé á acariciar al animal con objeto de que permaneciese inmóvil, y con los dedos fui siguiéndolo poco á poco la curvatura de su nervioso cuello, hasta que se detuvieron en el sitio donde la úl-

tima vértebra se une con el cráneo. El caballo, algo cosquilloso, se estremeció, pero yo le calmé con la voz; y cuando sentí bajo mis dedos palpitar la vida en su cerebro, me incliné del lado de la pared, saqué con mucho tiento los pies de los estribos y clavé de un golpe vigoroso la hoja de mi cuchillo en la base del principio vital. El pobre animal cayó como herido del rayo, sin hacer ningún movimiento, y yo, con las piernas recogidas y las rodillas casi tocando con mi barba, me encontré á caballo sobre un cadáver.

¡Me había salvado! Lancé un grito de triunfo, al que respondió otro del coronel, y ambos fueron repetidos por el eco en el fondo del precipicio. Abandoné inmediatamente la silla, y colocándome entre la pared y el cuerpo del caballo, conseguí, después de muchos esfuerzos, lanzar el cadáver al fondo del abismo. Inmediatamente después atravesé de dos saltos la distancia de camino peligroso que me restaba; pero tan luego como me vi fuera ya de aquel maldito sendero, afectado y bajo la irresistible reacción del terror, comprimido por tanto tiempo, caí en tierra desmayado. Cuando abrí los ojos el coronel se hallaba á mi lado.

III.

LA HACIENDA DE DON EUSTAQUIO.

Después de haberme felicitado por mi destreza y sangre fría, Garduño me preguntó que por qué casualidad me hallaba yo solo y en medio de la noche rondando alrededor de un fuerte enemigo.

Le conté en muy pocas palabras toda la historia y el proyecto que á aquel sitio nos había conducido.

—¿Cuántos soldados traéis? me dijo.

—Ciento, poco más ó menos, pero resueltos y decididos á beber ó á morir.

A esta noticia los ojos del comandante brillaron con una alegría casi feroz.

—¿También vos teneis sed? le pregunté.

—Sí, me contestó; pero la mía es sed de venganza, y ahora comprendereis por qué, á pesar de la destrucción casi completa de mi destacamento, vago día y noche por estos alrededores esperando encontrar la ocasión de vengarme.

—¿De qué, mi coronel?

—De un ultraje al cual no sobreviviré, sino lo lavo con sangre. Yo tengo á un cincuenta hombres próximamente, continuó el coronel que parecía no querer explicarse más, y voy á hacer que se reúnan á los vuestros.

Le indiqué entonces el sitio donde nos encontraría y nos separamos por el pronto, yendo yo á reunirme con mis soldados, que me esperaban con impaciencia. Apenas había tenido el tiempo suficiente para contar á Valdivia mi terrible aventura, cuando ya el coronel Garduño se me presentó con los cincuenta hombres que me había anunciado.

Por él supimos que dos veces había intentado en vano el ataque contra la hacienda, pues había sido siempre rechazado con sensibles pérdidas. Pusimos á deliberar, y el coronel sometió á un severo interrogatorio al centinela prisionero de Valdivia.

—¿Creeis, le dijo el coronel, que habrá un centinela en el campanario?

—Siempre se coloca uno por la noche, contestó el prisionero, pero es más que probable que esté dormido, pues como es un sitio que apenas se vigila, y los soldados están muy cansados...

En el momento en que el prisionero se explicaba en estos términos los gritos de *¡alerta, centinela!* llegaron distintamente hasta nosotros, y entonces pudimos observar que la indicación de aquel no carecía de fundamento, pues la voz del centinela de la torre permaneció muda, lo cual probaba que se hallaba efectivamente dormido.

—¡Ah! dijo Valdivia, si tuviéramos siquiera un cañón! En tanto que cincuenta de los nuestros escalaban con ayuda de los *lazos* las terrazas del edificio, nosotros batiríamos en brecha la puerta principal, cogiendo á la guarnición entre dos fuegos.

—Precisamente nosotros hemos dejado uno oculto entre los jarales á cien pasos de aquí, dijo el coronel; pero se halla inservible por falta de cureñas; se hizo pedazos en uno de esos malditos desfiladeros; así que es un pedazo de bronce completamente inútil.

—¿Teneis municiones? pregunté yo á mi vez.

—El cañón se halla al lado de su caja llena de municiones, me contestó Garduño; pero ya os lo he dicho, el cañón, en el estado que se encuentra, es como un fusil sin llave.

Dirigí una mirada á los nervudos brazos de Valdivia y éste me comprendió.

—Señores, yo voy á buscar el cañón, dijo Valdivia, poniéndose en disposición de marchar.

—Pero ¿á dónde vais sólo? le pregunté yo.

—Toma, si el cañón no pesa más que lo que un caballo con su ginete, puedo traermelo acuestas sin necesidad de ayuda.

—Pesa mucho más, respondió el coronel; que os acompañen diez hombres de los que saben el sitio donde se halla escondido.

Al cabo de un cuarto de hora, los diez hombres regresaron. Habían atado con cuerdas la pieza, la cual era arrastrada por los caballos por un terreno quebradizo y desigual. Algunas veces un obstáculo de este mismo terreno hacia que el cañón permaneciese inmóvil á pesar de los esfuerzos de los caballos, pero Valdivia se inclinaba sobre él, lo suspendía en el aire y podía libremente continuar su marcha.

Entonces hice formar á mis soldados en silencio á unos trescientos pasos de la hacienda.

—Hijos míos, les dije; tenemos dos medios de atacar la plaza enemiga: el primero, es lanzar todos á un tiempo nuestro grito de guerra á la manera de los indios; el segundo, es escalar la hacienda, en tanto que nosotros batimos la puerta principal á cañonazos. El prisionero subirá con vosotros para servirlos fielmente de guía, bajo pena de muerte, y en tanto que nosotros entramos por la brecha, vosotros entráis por las terrazas. Pero este segundo medio no puede ser adoptado sino en caso en que se encuentren cincuenta hombres bastante bravos y bastante resueltos, que se decidan á escalar una muralla que dá sobre un precipicio sin fondo. El hombre que caiga de la escala es muerto irremisiblemente.

—Yo marcharé á la cabeza, dijo el coronel que había escuchado mi arenga; y tal vez por premio de nuestra audacia seremos bastante dichosos para apoderarnos del comandante, que es lo que yo ansío.

—Le profesais gran afición, según parece, le dije.

—Tanto como se puede querer al hombre que os ha inferido el más sangriento de los ultrajes; así que, necesito apoderarme de él, pero vivo.

(Se continuará.)

J. BELZA.

VIRGINIA.

Leyenda.

I.

Era Virginia la débil palma del desierto, á quien respetan los huracanes: la inocente flor á quien el céfiro halaga en blandos giros: el rizo de espuma á quien la brisa puede desvanecer, y sin embargo, no le desvanece, porque es tan puro como ella... Era la estrella que eclipsa á todas en medio del firmamento... Era, en fin, la más fiel imagen de lo divino.

Sus labios tenían el color del más finísimo coral: sus ojos eran negros y penetrantes; y sus leves cabellos que caían en graciosas ondas sobre su espalda, hacían que Virginia pareciese, más bien que un sér humano, una de esas poéticas ficciones de la mitología.

Sus padres habían cifrado en ella toda la dicha de su existencia. El corazón de Virginia no latía sino en el de sus padres. Vivía en compañía de ellos, en una pequeña y blanca casita cercana á la orilla del mar.

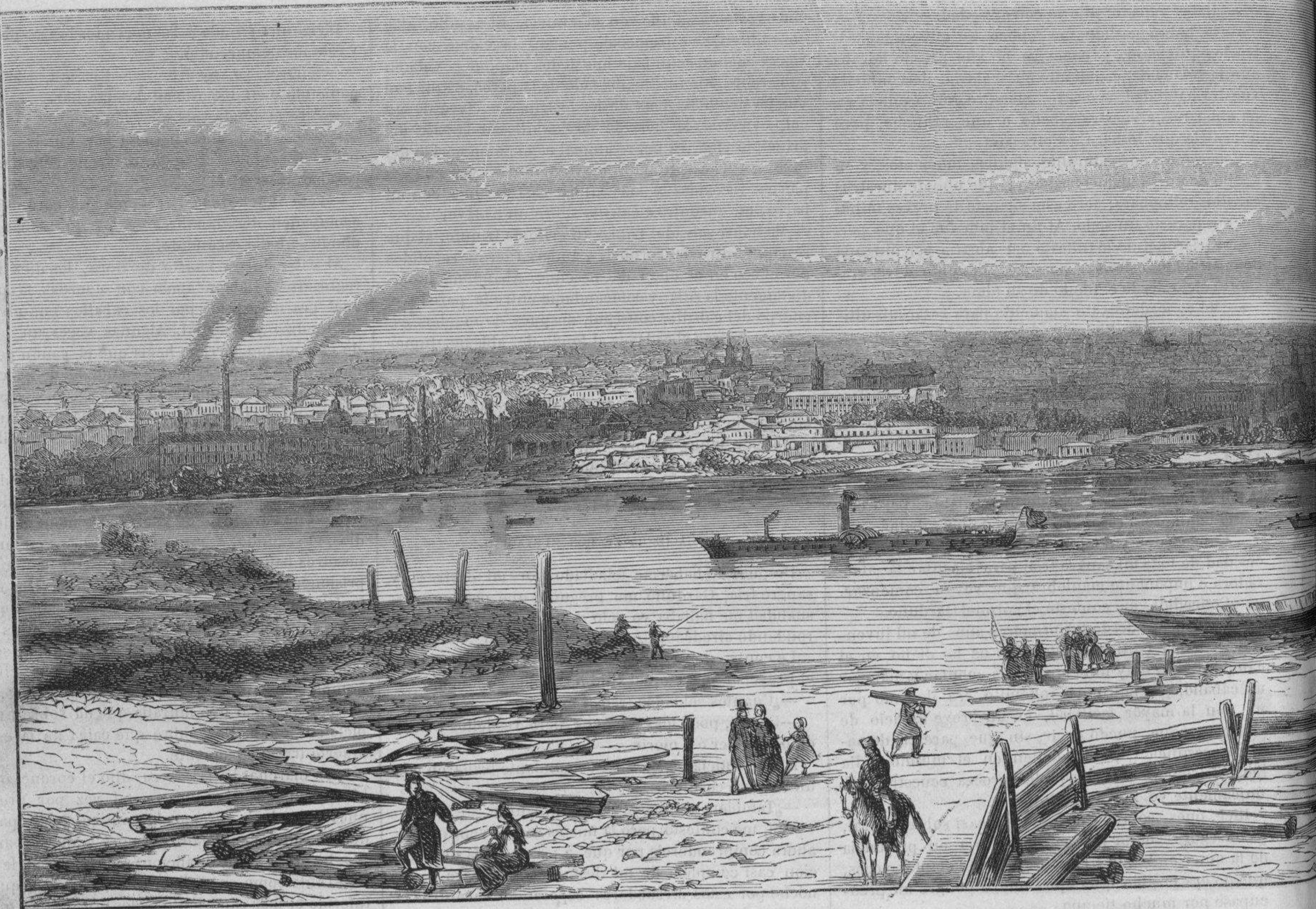
Al nacer el día, cuando apenas las rosadas tintas de la aurora iluminaban el horizonte, su padre, pescador, salía á ganar el sustento de la familia, que solo consistía en su hija y su esposa. Las horas que pasaba en el mar, eran horas de cruel angustia para él y para los dos amantes corazones que había dejado en la playa.

Cuando ya moría la tarde, Virginia se encaminaba á una pequeña cima que se alzaba no lejos de su casa, y desde allí buscaba entre las olas, con ávidos ojos, el batel en que su padre debía volver á la orilla, que al amanecer había dejado.

Su padre siempre volvía antes que la noche hubiese velado los espacios.

Virginia corría á abrazarle hasta el mismo borde del agua: le besaba, le quitaba el sudor de la frente, y le acompañaba hasta la casita blanca, en donde les esperaba la madre con los brazos abiertos.

A Virginia le parecían torpes todos los placeres de las jóvenes de su edad. En las fiestas y danzas que aquellas tenían, solo veía falsos halagos, dichas ilusorias; ninguno de esos goces la divertía. A cuantos jó-



VARSOVIA.

Cuando Murat entró en Varsovia en 1806, quedó sumamente sorprendido de hallar en el Norte de la Europa una capital donde los placeres se suceden sin descanso, y donde se disfruta una animación tan grande como en París.

Varsovia posee más de doscientos mil habitantes, y se halla situada sobre el Vístula.

Sus palacios son numerosos. El de Poniatowski, principalmente, llamado hoy de la *Academia*, es uno de los monumentos más notables. En su recinto, construido por el modelo del *Palais-Royal* de París, se encierran la Bolsa, la Aduana y trescientas ó cuatrocientas tiendas y almacenes.

Se citan igualmente como modelos de arte y de riqueza los palacios del Belvedere, Lazieuski y de Poberige.

Todo el mundo conoce el heroico *faubourg* (barrio) de Praga, situado al otro lado del Vístula, y que un magnífico puente de piedra une á la ciudad.

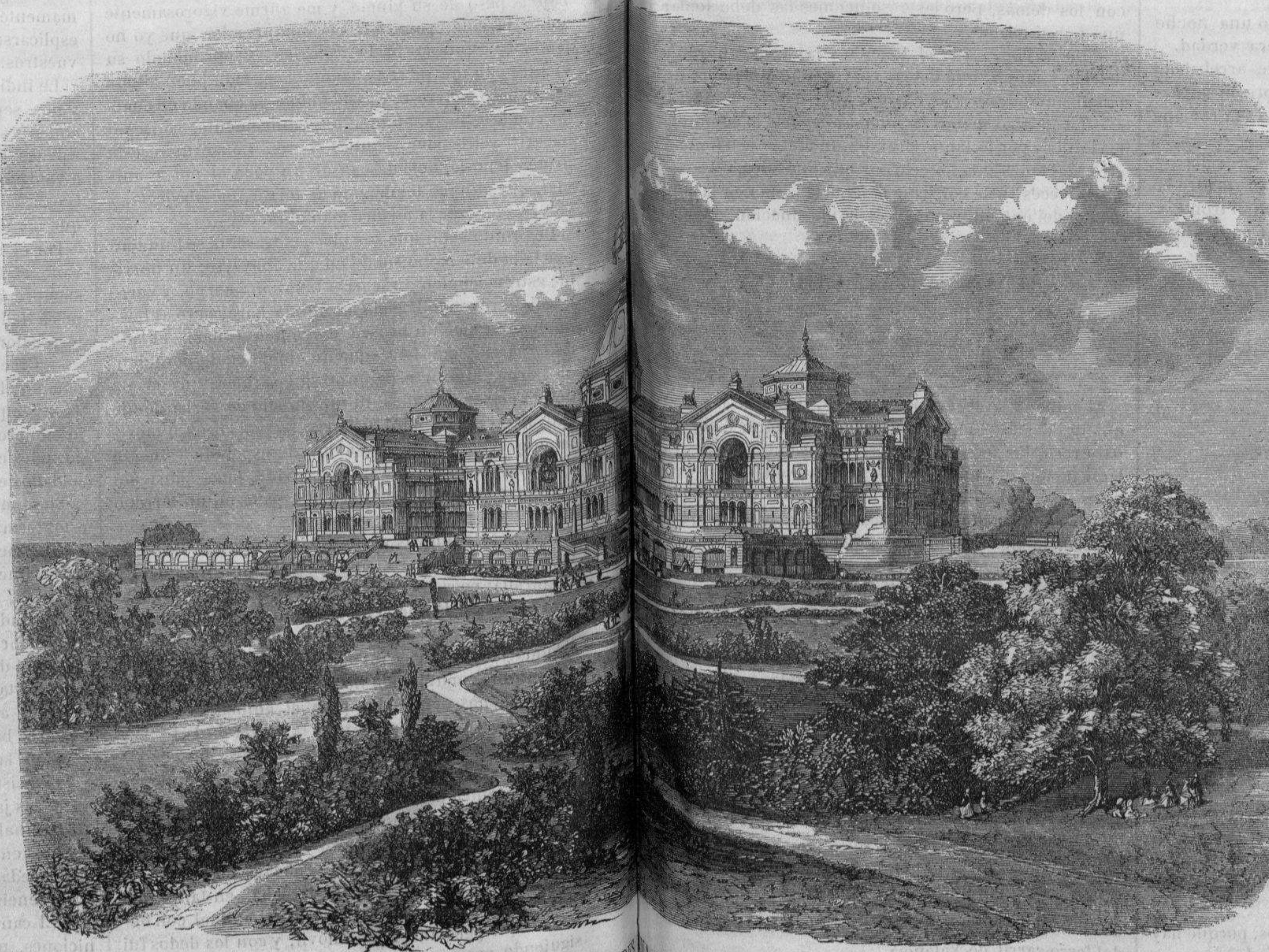
Sobre este puente se encuentra la estatua del gran héroe polonés Juan Sobieski, que salvó á Viena y al imperio de Austria, atacados por los turcos en el siglo xvii.

NUEVO PALACIO

PROYECTADO EN LONDRES PARA UNA EXPOSICION PERMANENTE INTERNACIONAL.

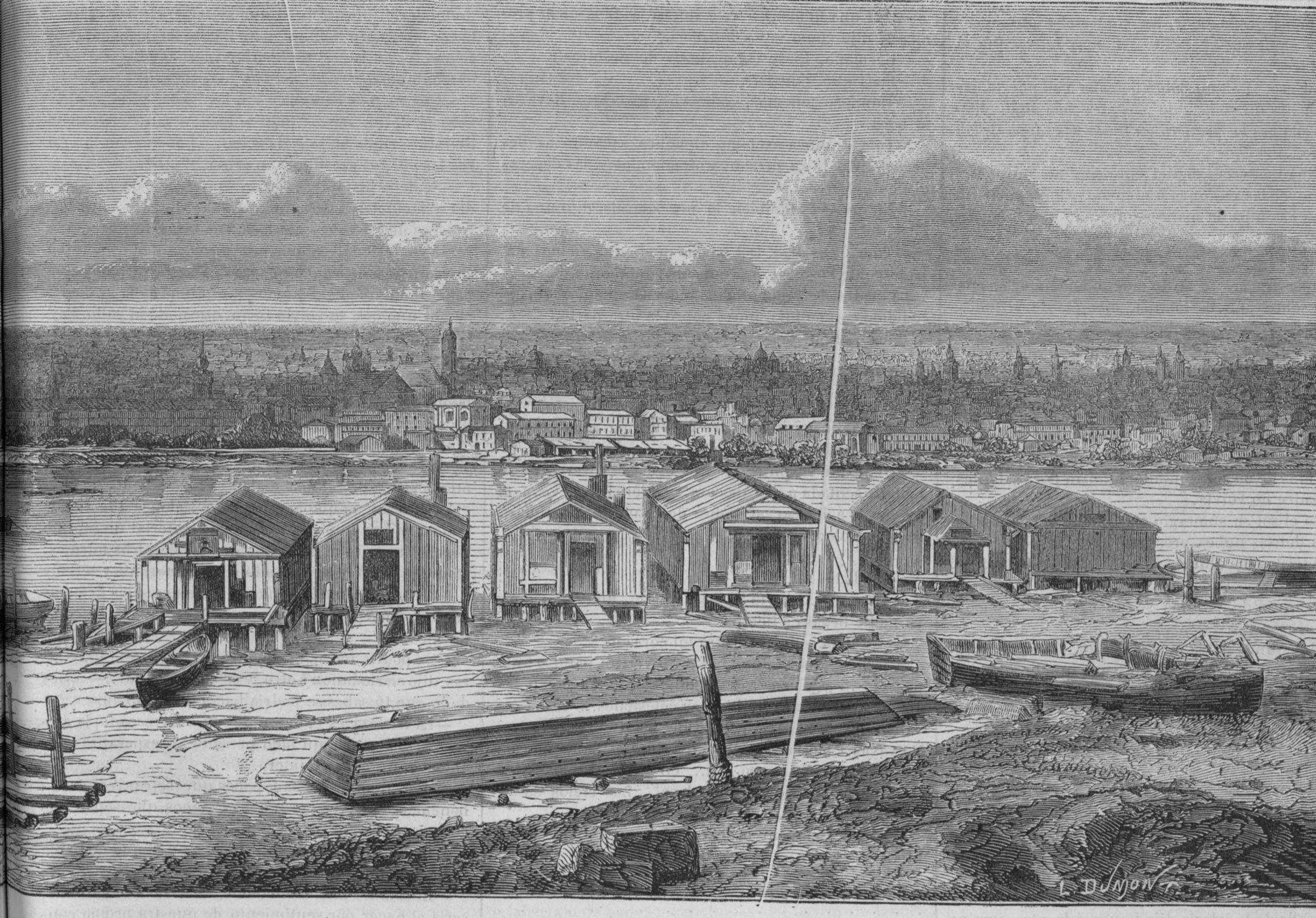
Damos hoy á nuestros lectores la vista de una espléndida y magnífica construcción proyectada, y que se va á llevar á cabo en *Alejandra-Park*, en Londres, y que se destina á una Exposición permanente internacional.

Es notable la belleza y elegancia de este monumento, donde en lo sucesivo deberán figurar las obras maestras, debidas al arte y á la inteligencia de los hombres de mérito de todos los países del mundo.



NUEVO PALACIO PROYECTADO EN LONDRES PARA UNA EXPOSICION PERMANENTE INTERNACIONAL.

VARVIA.



PEDRO I, EN MONTIEL.

ROMANCE

Revuelto en brumas avanza
con siniestra luz el día,
prestando un dosel al muro,
del rey valiente guarida.
¡Es Montiel! piedra sangrienta
que baña el sol de Castilla!
¡Montiel! el último asilo,
la postrer muralla amiga
de aquel que llamaron *Bravo*,
y rayo fué en su *justicia*.
¡Miradle! en la plataforma
de la fiel torre, ceñida
por las hordas mercenarias
que Enrique airado acaudilla,
está: sí; ¡vedle! es Don Pedro,
luz y honor de la hidalguía,
á quien vencer podrá el hombre,
á quien Dios tan solo humilla.
Solo está con su fortuna
y el acero de su cinta;
delante tiene el espacio,
el enemigo á la vista;
arriba el cielo sombrío,
abajo guerra y perfidia,
la aversión en su mirada,

y el desprecio en su sonrisa.

Cual león acorralado
que la cabeza bravía
asoma por su caverna
para ver turba vecina,
de los tigres carnívoros
que le saltan en pandilla.

Así Don Pedro en la almena,
su terrible faz altiva

muestra, feroz contemplando

la vil hueste que le sitia,

en traidores, numerosa,

en caballeros, mezquina.

Cuenta el tiempo indiferente

los instantes de su vida,

y todo en torno le dice

que la muerte se aproxima.

El cuervo, el ave agorera,

tenaz en círculo gira,

cual si buscara la presa

que su instinto vaticina.

Oscuras y densas nubes

sobre Montiel se avecinan

como el inmenso sudario

de la majestad caída.

¡Bastardo! ¡Don Pedro aguarda!

¡tu puñal cobarde afila!

¡Él siempre será el gran rey!

¡Tú, el infame, el fraticida!

JUAN MANUEL MARIN.

venes la hablaron de amor, les contestaba que no conocía más amor que el de Dios; ni más cariño que el de sus padres...

Más, por eso, si algún pobre llamaba á su puerta, jamás le negaba un pedazo de pan... Si veía algún desdichado, ella era la primera en limar la cadena de su infortunio...

¡Oh! ¡Cuántas veces, aquel corazón, que no pudieron conmovir las pasiones humanas, palpitó al ver un infeliz que estendía su mano suplicando una limosna!

II.

Más, la desgracia, no tardó mucho en tender sus negras alas sobre aquella familia, ejemplo de virtudes. Era una tarde deliciosa de mayo.

Virginia subió á la altura desde donde se divisaba el mar, y esperaba impaciente á su padre... Y los momentos para ella eran siglos.

Varias veces creyó ver la pequeña embarcación por que suspiraba, y otras tantas vió su ilusión desvanecida.

Los latidos de su corazón aumentaban por instantes. Y su padre no volvía.

En este el sol se sumergió en las ondas lejanas del mar. Las densas nubes precursoras de la noche, empañaban tristes los últimos rayos de luz que el sol había dejado.

La esperanza de Virginia se fué cambiando poco á poco en terror.

Su padre nunca había tardado tanto... Más, de pronto oyó á sus pies el ruido de un barco que llegaba; bajó precipitadamente hácia la playa, y reconoció la lancha de su padre. Corrió hácia ella, y en esto, una furiosa ola llevó á sus brazos... ¡un cadáver!

Era su padre.

III.

Al día siguiente se veía en medio de la iglesia de la aldea, un sencillito atahud y en él al pobre pescador.

Al pié del mortuario catafalco lloraban dos mujeres. Mas no vestían luto... el luto le tenían en sus corazones. Al salir de la iglesia dijo la una á la otra, que no separaba un instante el pañuelo de sus ojos:

—Paciencia, hija mía, paciencia.

Eran Virginia y su madre.

IV.

Virginia lloró muchísimo la pérdida de su padre. Después calmó un tanto su dolor viendo que había sido un premio que Dios le había dado.

¡Qué mayor premio puede dar Dios á una alma pura, que dejarle gozar de la eterna bienaventuranza!

Todas las tardes cuando el sol declinaba, iban Virginia y su madre á rezar junto á la tumba del pescador, que estaba enterrado sin pompa alguna al pié de la colina á que la hija iba siempre á esperarle.

Al ir, encontraban en el camino un pobre que les pedía limosna, y ambas tenían buen cuidado de llevar algún alimento para el pobre.

V.

Una tarde, á la hora en que Virginia y su madre iban á salir de casa, las miradas de ambas se cruzaban lastimosamente.

Así pasó largo rato, hasta que la joven dejó caer de sus ojos dos ardientes lágrimas.

—¿Qué tienes, hija mía?

—No tenemos que llevar al pobre.

—Es verdad...

—Y morirá de hambre: ¡infeliz!

—Dices bien, hija mía, y moriremos nosotros también.

—Y no hay quien nos ampare, prosiguió la hija, ocultando la frente entre sus manos.

—Aun nos queda Dios. En él confío.

—Yo también confío en su omnipotencia... ¡Ah! Murió mi padre!

—No traigas á mi alma recuerdos pasados, hija mía, que me partes el corazón.

—¡Moriremos!

—Si, hija, el cielo nos espera... Mas, vamos á rezar; que me muramos, que sea sobre su tumba.

—Si, vamos, madre mía... ¡Oh! ¡Pobre padre! Ya sabías lo que yo te adoraba.

Medió este diálogo, y al poco tiempo pasaban junto al pobre.

—Dad una limosna á este infeliz, y Dios os lo premiará, dijo como todos los días.

—Hermano, Él se compadecza de nosotros...

—Pues qué, ¿sufiris?...

—Tampoco tenemos, como vos, nada que llevar á la boca.

—Tomad, pues; exclamó el pobre sacando un pedazo de pan de su zurrón, y ofreciéndolo á las desgraciadas mujeres.

—No, que vos también lo necesitareis, dijo una de ellas.

—Tomad, os digo. Del mismo modo que yo me compadeczo de vosotras, se compadecerá alguno de mí.

La madre, besando el pan, tomó la mitad, y repartiéndolo con su hija, dió al pobre la otra parte.

Luego, al pié del sepulcro, rogaron á Dios por el pescador y por el pobre.

VI.

Dos días después la madre de Virginia agonizaba en su modesto lecho.

—¿Por qué suspiras, madre? decía la joven que se hallaba sentada á la cabecera. ¿Quieres que vaya al pueblo, ó á buscar al pobre del camino y calmará nuestro dolor?

—No... yo muero...

—No digais tal...

—Yo muero... no te apartes de mí, hija mía; pues ya nadie llegará á tiempo...

—¡No lleneis de amargura mi corazón!

—¡Adios! ¡Pobre hija mía!... Yo veo un paraíso ante mis ojos... ¿Quieres venir conmigo?... Ya bajan los ángeles y entonan en sus alas... ¡Oh! ¡Qué bello es el paraíso! No vayas á buscar al pobre del camino, que no está en la tierra... Yo le veo... sí... en un trono sostenido por querubines... Su corona, el sol... Los cielos su alfombra... ¡Adios!...

Y murió diciendo estas palabras, abrazada á su hija.

VII.

Muchas veces, en medio de su soledad, creyó oír Virginia las últimas palabras que su madre pronunció al espirar.

Mucho lloró la pérdida de sus padres.

Al poco tiempo de morir su madre soñó una noche que el mar inundaba su casa. El sueño era verdad.

Las aguas la arrastraron, y Virginia fué arrebatada por las furiosas olas. Mas vió avanzar sobre la superficie al pobre del camino, que, cogiéndola, la remontaba á los espacios.

Al poco tiempo vió á sus pies el sol y las estrellas, y entrando en los cielos vió el paraíso que su madre le dijo... Vió al pobre del camino sentarse en el trono, y confundidos entre los ángeles halló á sus padres que gozaban ya, como ella, de la eterna gloria.

¡¡Aquel pobre era Dios!!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

LAS TRES COSAS.

I.

Ella, el querube de mis horas buenas, tiene los ojos de mirar dormido, negros y grandes como son mis penas.

II.

Ella, la virgen que callando adoro, tiene el cabello en rizados dividido, abundante y sin fin como mi lloro.

III.

Y ella, mi idolatrada hasta la muerte, tiene el pié más pequeño que ha existido, pues tan menguado es él como mi suerte!

JUAN M. MARIN.

PENSAMIENTOS.

—El que aguarda el castigo, ya comienza á sufrirlo; y el que lo merece, lo aguarda.

—No olvides el beneficio que has recibido, ni te acuerdes nunca del que has hecho.

—Hay menos ingratos que descontentos, porque hay más pretendientes que empleos. Acababa de vacar un destino muy grande, y se presentaron once personas á

pretenderlo. Dijo uno al que lo había de dar: Vais á hacer feliz á un hombre.—No digais tal, respondió el sujeto; voy á hacer un hombre ingrato y dejar á diez descontentos.

—Cuanto más benignas son las leyes, tanto más rigurosos deben ser los jueces. Esto es tan cierto en la literatura como en la legislación, y por eso son tan raros los buenos escritores en prosa.

—Se debe inspirar á los niños el temor de desagradar y no el deseo de agradar.

—Las definiciones me hacen acordar de un cuento persa, en el cual se dice que un encantador peleaba con otro; el uno se convirtió en gallo y el otro en granada. Comióse el gallo todos los granos de la granada, menos uno que se volvió zorra, que mató al gallo. Basta con que se olvide una circunstancia en una definición para que esta sea mala.

—Cierta filósofo moderno dijo viendo arder su biblioteca:—«Poco me hubiera yo aprovechado de mis libros, si no supiera perderlos.»

—El primer movimiento contra nosotros mismos, es siempre el mejor; el primer movimiento contra los otros es siempre el más malo.

—Sería bueno que apostásemos siempre que disputáramos, y que hubiese una señal material de lo que perdiéramos, para podernos decir á nosotros mismos: «tanto te costó el año pasado el ser ignorante y terco.»

—A veces el modo como reprendemos los defectos de los demás, es más reprehensible que los defectos mismos.

—Se podría hacer un buen libro de lo que tú ignoras, dijo cierto bufón á otro, y éste le respondió:—«Pues de lo que tú sabes se podría hacer uno malísimo.»

—La tristeza es el amor de un bien pasado; la alegría es el amor de un bien presente; la esperanza es el amor de un bien venidero.

—¿Por qué vemos tan pocos que sepan recibir un beneficio? Tal vez porque hay menos que sepan hacerlo.

—Algún defecto tiene en su corazón el que no habla francamente de sí propio.

—El camino más corto de llegar á una buena fama, sería el hacer por sentimiento de nuestra propia conciencia, lo que hacemos por amor á la mundana gloria.

—Para adquirir conocimientos, conviene consultar con los demás, pero las resoluciones las debe tomar uno por sí mismo.

—Decía Pope, que el ingenio y la razón son como marido y mujer, que deben estar unidos y siempre están disputando.

—La amistad menos jactanciosa, es por lo común la más útil; y por lo tanto, prefiero un amigo prudente á otro que tenga mucho celo por mis intereses.

—A veces suele consistir la felicidad, solo en la ocupación del entendimiento ó de la imaginación.

HOJAS DE UN LIBRO.

(ORIGINAL.)

I.

Al empezar este cuento, novela, historia ó como quiera llamarse, no tengo que hacer ningún esfuerzo para recordar fechas, nombres y hechos: tengo delante de mis ojos unas cuantas *Hojas de un libro*, escrito en esos momentos en que todo hombre es poeta, y en esas ocasiones en que todos los sucesos son pequeños fragmentos de un gran poema. Yo solo voy á coordinar lo que en ellas se refiere, á enlazar unas ideas con otras, y á llenar las páginas que se encuentran en blanco. Narrador unas veces, espectador otras, yo diré lo que he visto, he oído y me han confiado, sin temor de ser imprudente con el amigo que me hizo depositario de una escena de su vida.

Además, ¿quién va á conocer, por unas cuantas *Hojas de un libro*, á su autor, cuando su nombre es desconocido? *Ad summum*, un lector caviloso y suspicaz podrá decir después de haber leído estas páginas: «Conozco al autor y al protagonista: el autor es un hombre, el protagonista es el hombre.»

¿Y después?

II.

El día 4.º de agosto de 1859, á las ocho menos cuarto de la mañana, entraba Carlos Romeral en la estación del ferro-carril de Valencia.

Aquel día, que era lunes, y en aquella época, que

era de baños, la estacion estaba llena de gente de lo más escogido de la sociedad en todas sus clases y condiciones. Personas acomodadas de la capital, forasteros ricos, al parecer, pollos elegantes, mujeres del mundo, artistas, empleados, etc., eran los que llenaban las no muy desahogadas salas de la estacion. Es decir, que allí estaba representada en todo su poder la propiedad, el dinero, la banca, la inteligencia, el presupuesto, la inspiracion, la moda, el vicio, y tal vez la virtud. Parece mentira que los extremos se busquen aunque jamás se toquen, diga lo que quiera el adagio, y, sin embargo, no hay nada más cierto. En aquella reunion heterogénea de personas, en la que tenían su digna representacion todos los poderes sociales, solo faltaba el sér que desgraciadamente encarna un poder por la fuerza de su desgracia, que es el pobre, y este estaba representado por un ciego que imploraba la caridad pública, sentado en una de las gradas de la puerta.

Y no obstante, habia cierta homogeneidad en aquel conjunto heterogéneo, puesto que simbolizaban cada uno de ellos de por sí, un principio latente, una cuestion social, un problema que está esperando su resolucion.

El tren salia á las ocho.

Cárlos, mientras llegaba la hora, encendió un cigarro y se puso á pasear.

De allí á poco, entró una jóven seguida de una vieja. Cárlos la vió y la miró.

La jóven y la vieja entraron en una sala, y tomaron asiento en un banco que habia medio vacío.

La jóven lo miraba todo y no veia nada, miraba á todos y no veia á nadie. Sus ojos vagaban distraidos: el recinto estrecho de aquella sala no podia encerrar la inmensidad de aquella mirada; el cielo, el mar, la encantadora vega de Valencia, podian solo ser el horizonte donde pudiera dilatarse.

Cárlos continuó paseando y continuó mirándola cada vez que pasaba por la sala donde ella estaba sentada.

La jóven, por fin, fijó su mirada en aquella otra mirada curiosa que la acechaba, pero fué solo un relámpago.

De pronto la jóven se levantó y se puso á pasear en direccion opuesta á la que llevaba Cárlos. La vieja no se movió de su sitio. Cárlos quedó asombrado. Lo primero que se preguntó fué: «¿Quién es esta mujer?» Aquel arranque era propio de una mujer de mundo, y sin embargo, su fisonomia era la de un ángel. ¿Cómo explicar esto? Cárlos, perplejo, no supo que contestarse.

Se oyó un silbido; las puertas se abrieron, y la gente se agolpó á los coches.

Tres personas, al parecer, no tenían prisa: la jóven, la vieja y Cárlos; puesto que dejaron que se acomodasen todos, y entonces únicamente fué cuando las dos primeras se dirigieron al último coche, que estaba vacío. Cárlos fué tras ellas, y una vez los tres dentro, un empleado del ferro-carril cerró la portezuela.

La locomotora dejó escapar un grito agudo, estridente, salvaje, y lanzando bocanadas de humo de su ancha boca, arrastró el pesado tren, y un momento despues se perdió en ese océano de verdura que se llama jardín de España.

La jóven dirigió entonces su errante mirada á esas dos estensiones verde y azul, el campo y el cielo, y ¡cosa rara! sus pupilas, que parecian en la sala de la estacion salir de sus ojos, y los ojos de sus órbitas, se apagaron y se empequeñecieron ante tan vasto horizonte, y momentos despues se cerraron. Y es que las obras del hombre, por grandes que sean, siempre son una cárcel para los ojos del alma, y las de Dios nos confunden bajo el peso de su infinita grandeza. Cuando contemplamos una catedral, un palacio, una maravilla del arte, nuestra vista devora en un momento los detalles y el conjunto, y encuentra defectos, y la vé más perfecta en su pensamiento; pero cuando admira la puesta del sol, un eclipse total, el manto azul que nos cobija y la alfombra verde que nos sirve de suelo, el alma plega sus alas, los párpados se cierran, la mente sueña y el pecho suspira.

Cárlos no cesó de mirar á la desconocida en el pequeño trayecto que media de Valencia al Grao; ella no se fijó en él.

Otro silbido de la locomotora anunció á los pasajeros que habian llegado á las orillas del mar.

La jóven, la vieja y Cárlos bajaron del coche. Los dos se confundieron entre la gente, y desaparecieron. Cárlos quiso seguir en vano sus huellas. ¿Por dónde habian ido?

III.

Cárlos volvió al dia siguiente á la misma hora lleno de deseo y de curiosidad, pero no vió á la desconocida. Este contratiempo le disgustó. Habia empezado á vislumbrar un crepúsculo de la mañana, y se encontraba con un crepúsculo de la tarde: habia creído ver la primera llama que anuncia la aurora, y se encontraba con la última llamarada del sol que anuncia la noche.

¿Qué hacer?

IV.

Al volver á Valencia, Cárlos encontró á su desconocida.

Eran las once y media.

Minutos despues el tren llegó á la estacion.

Cárlos bajó el primero, y se dispuso á seguirla. Volvió á reanudar el hilo de una historia que él se habia formado y no queria que se rompiera. A mas, su curiosidad, un poco de simpatia, otro poco de vanidad, y un mucho de algo que no se sabia explicar estaban interesados en ello.

La jóven, al pasar por delante de Cárlos, le dirigió una mirada fria y rápida. Cárlos no la notó, ó aparentó no verla.

La desconocida, acompañada de la vieja, salió, y Cárlos, haciéndose el distraido, se puso en su seguimiento.

Al volver una esquina, la jóven vió á Cárlos que la seguia.

Momentos despues entraba en el portal de una casa.

Cárlos se detuvo. La calle estaba desierta. No habia, pues, inconveniente en esperar.

Así trascurió medio cuarto de hora.

«¿Sera esa su casa?» dijo Cárlos para sí; y cuando iba abandonar la calle, vió salir del portal á las dos mujeres.

Eran las doce del dia. El sol quemaba, la atmósfera ahogaba.

La jóven y la vieja se metieron en el intrincado laberinto de calles y callejuelas del barrio de las Escuelas-Pias, como queriendo huir de la curiosa vigilancia del hombre que las seguia. Pero esto no era posible; Cárlos se habia propuesto seguir á aquella mujer y saber quién era. Aquella fuga, si tal puede decirse, habia interesado otro sentimiento en él, que no sabemos calificar si de bueno ó malo; el amor propio.

La jóven, al ver la tenaz insistencia del que la seguia, pareció tomar una resolucion, y un cuarto de hora despues entraba en una escalerilla de una calle de los barrios mas apartados de Valencia, y se quedó á la puerta en una actitud firme, noble y digna. Cárlos pasó rozando su vestido, y dirigiéndole una mirada que se podia traducir por «¿quién es Vd.?» á la cual contestó ella con otra que queria decir: «Soy quien soy.»

Cárlos, al llegar al extremo de la calle, volvió; al pasar por la puerta de la desconocida, esta habia desaparecido. Cárlos paseó una rápida mirada por los balcones. No habia nadie.

Cárlos se indignó de su propia timidez. La habia vuelto á ver y no le habia dicho nada. Sin embargo, ahora ya tenia un dato para continuar el hilo de su historia, sabia dónde vivia. Poco ménos que satisfecho con esta esperanza, y despues de dirigir una última mirada á la escalerilla, abandonó la calle, y se perdió en la red de callejones y plazuelas que constituyen aquel barrio. Aun se le veia en el extremo de la calle, cuando apareció en un balcon detrás de las cortinas una graciosa cabeza, cuyos lindos ojos estaban fijos en la direccion que llevaba Cárlos.

Era la desconocida. Sus pupilas estaban inmóviles y como clavados en un punto ó en un objeto. Cuando este desapareció, pues era Cárlos, la jóven, con la misma fijeza, levantó sus ojos al cielo, y sus labios dejaron escapar un suspiro. Luego.... el balcon estaba vacío, la calle en completo silencio y el sol inundando de luz el espacio.

V.

Y pasó un dia, y dos, y tres, y cuatro.

Cárlos iba á la estacion y no encontraba á la jóven; paseaba la calle y no la veia. «¿Se habrá mudado? ¿no vivirá aquí?» se decia. El primer dia le contrarió no hallarla; el segundo receló si le habria importunado su terquedad en seguirla; el tercero sospechó si le habria sido antipático su aspecto, y el cuarto proyectó olvidarla.

Cárlos no sabia darse cuenta de lo que le sucedia. Sentia una vaga emocion al pensar en su desconocida, y no sabia qué nombre dar á ese afán que sentia. ¿Era amor? No; Cárlos amaba y era correspondido. ¿Era deseo? Tampoco; aquella mujer inspiraba un sentimiento, pero no un apetito. ¿Era amistad, gratitud ó compasion? Menos; ninguno de estos lazos podian unirle á ella, puesto que no la conocia. ¿Qué era entonces? Era.... pero ¿quién sabe lo que era?

Lo único que podremos decir es que Cárlos era jóven, y la juventud lo ama todo, lo quiere todo y lo abarca todo. ¿Por qué? Porque hay plétora de vida en su cuerpo, hay exceso de vigor en su alma. Cuando los años pintan con el color de la nieve nuestros cabellos y hielan con el soplo frio de la muerte el corazon, el cuerpo y el alma se replagan, y el poco jugo que queda en sus venas y la poca savia que queda en su espíritu, la consagran exclusivamente á un objeto, que unas veces es un igual á su cuerpo y se llama hombre, y otras es un semejante á su alma y se llama Dios.

Amar una cosa es propio de la vejez; amarla todo es el distintivo de la juventud.

VI.

El dia 7 de agosto, á la misma hora de costumbre, entraba Cárlos en la estacion. Aquel dia iba á pasarlo en el Grao en compañía de un amigo suyo que vivia en dicho pueblo.

Al entrar, se encontró con su desconocida. Un relámpago de alegría brilló en sus ojos; una imperceptible sonrisa se dibujó en los labios de la jóven. Esta y la vieja, que la acompañaba, al abrirse las puertas, dejaron que salieran todos. Cárlos no se atrevió á quedarse, por temor de disgustar á la desconocida, y subió en un coche. La jóven y la vieja subieron en otro.

El tren arrancó.

C. C. Y RODRIGUEZ.

(Se continuará.)

CHARADA.

Me tocó la lotería
y compré tercia con cuarta
á un amigo, que me dijo
era para mi labranza,
además de cosa útil
una cosa necesaria.
Engañóme, vive Dios!
pues al mandarme la alhaja
salimos con que mi compra
era una prima con cuarta.
Púsele cuarta y segunda
como era justo, muy mala,
y él mas mala á mi tambien
prima y segunda me planta.
Gritole, gritame; pillo
tercia y segunda con rabia,
y le acomete furioso
pero el tuno se me escapa,
y hoy de mi todo es vecino
y en él tiene huerto y casa.

Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

A. R., de Béjar; recibidos los sellos y renovada la suscripcion de Vd.—J. R. y B., de Cangas; recibidas las libranzas; renovada la suscripcion de usted, remitidos los números 22 y 41.—J. C., de Cádiz; recibidos los sellos, renovada la suscripcion de Vd.; no podemos complacerle por tener encuadernadas las colecciones.—J. M. C., de Campel; hemos recibido veinte reales en una libranza para continuar su suscripcion.—F. A., de Cervera del Rio Alhama; recibida la letra y renovada su suscripcion.—L. M., de Utrera; recibidas las libranzas conforme con el pedido que usted nos hace.—F. S. H., de Segovia; conforme con su liquidacion de usted; recibidas las libranzas.—V. de D., de Mondoñedo; recibida la letra y renovadas las tres suscripciones; remitiremos á Vd. la coleccion.—P. G., de Palma; queda hecha la suscripcion y servidos los números sueltos.—J. L., de Santiago; recibidos los sellos, renovada la suscripcion de Vd.—B. R., de Vitoria; recibida la letra y conforme.—S. de B., de Santander; damos á Vd. gracias por lo mucho que se interesa por esta publicacion.—J. R. de S., de Sevilla; servimos á Vd. las cubiertas para las colecciones de D. R. de T. y L. de V.

ADVERTENCIA.

Recordamos á muchos de nuestros abonados hallarse terminadas sus suscripciones, y esperamos harán las renovaciones sin pérdida de tiempo, sino quieren experimentar retraso en el envío de nuestros números, acompañando su importe en sellos ó en libranzas del Giro mútuo. La Administracion y despacho de este periódico se han trasladado al Pasaje de Matheu, número 6, tienda donde podrán dirigirse los pedidos y reclamaciones.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



PRIMAVERA.

INVIERNO Y PRIMAVERA.

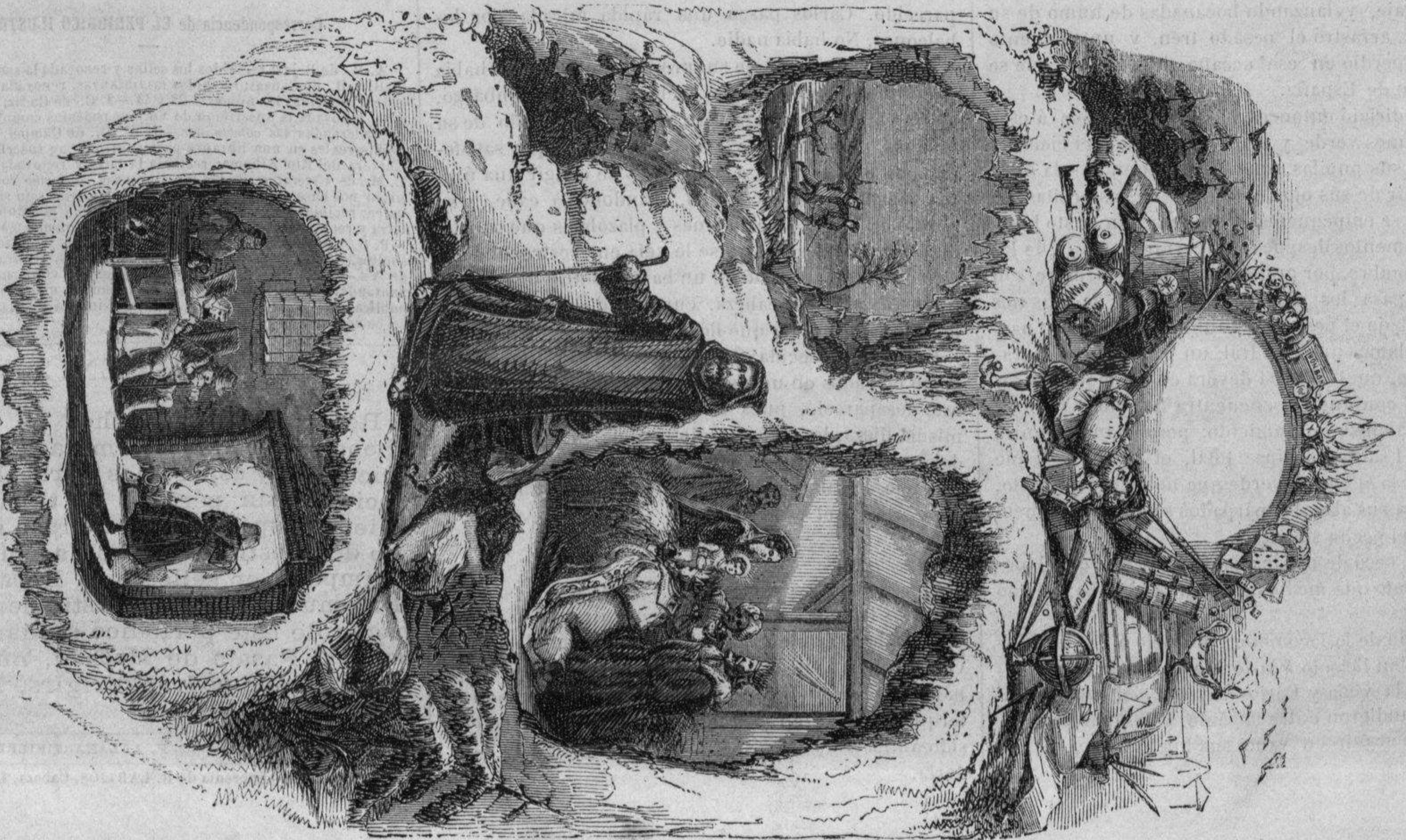
Alegoría.

Dos estaciones contrarias
son de la vida el reflejo,
la primavera florida
y el asolador invierno.
Bordada está la primera
de esperanzas y de sueños,
y marchitan la segunda
desengaños y recuerdos.
¡Amor! aquella nos dice
con el idioma del cielo.
¡Muerte! nos grita la otra
mostrando los campos yerlos.

Su cáliz abren las flores,
sus ramas viste el abeto,
trinan las pintadas aves,
murmuran los arroyuelos.
Mantos de esmeralda cubren
los arenales desiertos,
y se doblégan las plantas
de sus retoños al peso.
¡Es la primavera! Amiga
de los juveniles pechos,
les infunde nueva savia,
les presta mayor aliento.
Todo se anima y renace,
todo es placer y misterio,
el sol como nunca brilla,
llenan aromas el viento.
Primavera de las almas,
yo á tu contacto me alegro,
que aun jóven siento la mia
revivir bajo tu imperio.

Pasa tú, invierno, entretanto
con tus nubes y tus hielos,
con tus praderas desnudas
y tus torrentes soberbios.
Cumple tu triste destino
en otras regiones lejos,
y adórente los que viven
en la ociosidad envueltos.
Que lo mismo en tu partida
que al volver á este hemisferio,
siempre un suspiro me arrancas,
y es quizá porque contemplo,
que si son dos estaciones
de nuestra vida el reflejo,
morirá la primavera
y renacerá el invierno.

M. DEL PALACIO.



INVIERNO.